

Merecido homenaje a un soldado héroe de la independencia



Coronel (r) MANUEL AGUDELO G.

La Sociedad Bolivariana de Colombia, firme en su propósito de recordar las fechas clásicas de nuestra Independencia, tanto para la exaltación de la gloria impoluta de Colombia como en homenaje a la augusta figura del Libertador, decidió realizar sesión pública y solemne, en el amplio Paraninfo de su Sede, en la noche del 27 de junio del corriente año de 1975. Como bien se sabe, en esa misma fecha, del año glorioso de 1819, las huestes patriotas integrantes del Ejército Libertador, durante su portentosa marcha hacia las cumbres andinas, recibie-

ron su ardoroso bautismo de fuego al acometer, con su Vanguardia, contra la fuerte guarnición peninsular ubicada sobre el famoso "Trincherón" de Paya. Dicha fuerza española se hallaba allí, bajo el comando del Coronel Tolrá, con la evidente misión de impedir cualquier penetración que por este punto, trascendente bifurcación de vías, intentarían las "hordas insurgentes" hacia el interior del Reino.

El General Santander, en acertado acuerdo con sus Comandantes subalternos, planeó hábilmente la memorable acción de la Vanguardia granadina, en

tanto que el Libertador, con el Grueso del Ejército, adelantaba su marcha desde Nunchía y alcanzaba la zona de Morcote, ocho kilómetros al Sureste de Paya. La acción de la Vanguardia se realizó mediante difíciles pero bien ejecutados rodeos, por entre la enmarañada selva, de modo de atacar conjuntamente al adversario, atrincherado, desde diferentes puntos: Por el Norte o espalda de la posición, el Comandante Reyes, con los "Guías"; por el flanco oriental el Coronel Arredondo, con el Batallón "Cazadores", y por el Sur, o frente real del dispositivo español y del propio "Trincherón", el General Santander con el resto de la Vanguardia. Dos horas de combate rudo decidieron la victoria a favor del esfuerzo americano. Los restos fugitivos de la guarnición española, con su Comandante Tolrá, sólo pudieron salvarse de la persecución patriota, gracias a la oportuna destrucción del pontezuelo que existía sobre el fragoroso y torrencial "Payero".

Bautismo de fuego venturoso fue el de Paya. En primer término para dejar libre la tenebrosa ruta del Páramo, la cual fue elegida finalmente por el Libertador, como la vía más ventajosa dada su condición de intransitable salvajismo, para asegurar el sorpresivo y sorprendente paso del Ejército hacia las cumbres heladas de los Andes y hacia las cumbres ardientes de la Gloria. Por otra parte, esta acción fue evidente testimonio del desenfrenado coraje y de la enorme capacidad combatiente de este incomparable "Ejército de Pordioseros", Ejército que, para el curso res-

tante de la guerra emancipadora, se constituyó en bastión invencible y en columna fundamental para la libertad de América. El Libertador, junto con los demás Comandantes y Conductores del Ejército, pudieron comprobar y sobrepesar allí el invaluable tesoro humano que la Divina Providencia había puesto entre sus manos para la realización de la monumental empresa que estuviera destinada, en sus altísimos designios, como pináculo cimero de los grandes e históricos destinos de este nuevo y promisorio continente.

Pero la mencionada conmemoración que la Sociedad Bolivariana de Colombia realizara sobre la trascendente acción de Paya, tuvo, además, otro objetivo primordial de elemental justicia: rendir merecido, elocuente, digno y honroso homenaje a un humilde soldado de la Independencia Americana, el joven campesino **Pedro Pascasio Martínez**, quien fuera ordenanza del Libertador y héroe indiscutible de la batalla fundamental y decisiva del **Puente de Boyacá**. Homenaje sentidísimo y cordial a un singular adolescente, de grata memoria nacional, integrante de la ínfima categoría castrense. Justicia consagración al modesto soldado, extraído de la abrupta vereda boyacense. Honor a su grandeza, engastada entre el fastuoso joyel de su poncho y su montera. Glorificación del sencillo campesino que dejara el calor de su pajizo rancho, la tibia lumbre del fogón de piedras, el amor incomparable de su sacrificada madre, el sudoroso trajinar del padre laborioso, el cariño inefable de sus melancólicos hermanos

y amiguitos de la dura infancia; todo, todo lo que fue su corta vida pastoril, para seguir triunfante tras las huellas luminosas de una presentida grandeza, a la sombra incomparable y majestuosa de Bolívar.

Importante ceremonia, la cual, fuera del homenaje a nuestro soldado campesino, tiene también otra significación más amplia y justiciera. Porque, tras la figura procerca de **Pedro Pascasio Martínez**, como símbolo del combatiente granadino, se rindió, a la vez, tributo general, de gratitud y de reconocimiento, al joven campesino del presente. Este, como entonces, deja también los terrenos entrañables de su pobre estancia, el clarín madrugador del gallo vocinglero, el acompasado cloar de la esponjada clueca, el balar lastimero del sediento recental trascendente para todo niño montañero, ese eterno juguetear del más fiel amigo del honrado zagal de la vereda, el humilde y heroico gozquecillo bullanguero.

Porque ese es, en apreciable proporción numérica, el actual soldado de Colombia. Arrancado generalmente de los tesoros adorables de su nativa tierra, para servir, **como el mejor del mundo**, bajo los pliegues fulgurantes de su tricolor bandera. Tal, el por siempre heroico soldado de la Patria nuestra. El, que alegre y resuelto marcha, días tras día, hacia los campos del deber y de la lucha, sin escatimar jamás esfuerzo ni sacrificio humano que no esté dispuesto a otorgar, con dignidad y orgullo. Es el mozo fuerte, sano y animoso, por humilde que sea, que nunca se niega a ofrendar, gozoso, su per-

sonal esfuerzo sin tasar jamás el precio de su dádiva, inclusive cuando ella significa el máximo holocausto de la vida. Pero **Pedro Pascasio Martínez**, no solamente representó, en su homenaje, al soldado campesino. Fue y es, también, símbolo y reflejo del obrero, del artesano, del pescador, del vendedor, del estudiante, del dependiente, del joven ciudadano y, en fin, del mocetón selecto, tesoro de los hogares y vívida esperanza de esos viejos marchitados ya por la lucha interminable y tormentosa de la vida. Es fulgor de las familias, cualquiera que sea su posición o extracto. Ilusión de amigos y parientes, todos los cuales esperan angustiados su retorno para la nueva integración del hogar, mutilado por su ausencia. Ese retorno feliz del ya arrogante reservista. Pero retorno que, muchas veces, por traiciones del destino, jamás llega a los hogares destrozados, porque el deber o la Patria han reclamado el tesoro de su sangre, heroica y joven para evaporarla en sus místicos altares, silenciosos, de ignorada gloria. Ese es el soldado, con su juventud y su prestancia, constituido sacrosantamente como fundamento y pedestal de la seguridad y de la paz, del orden y de la propia grandeza de Colombia.

Por ello fue tan justo y tan merecido el homenaje que la Sociedad Bolivariana de Colombia rindió el pasado 27 de junio, a la prestante figura de **Pedro Pascasio Martínez**, como grande y sobresaliente soldado de la Independencia Americana y como símbolo sagrado del actual soldado de Colombia. El acto fue solemne. Nutrida concurrencia le dio

prestancia al acto: Damas, Académicos, Caballeros, Oficiales, Suboficiales y Soldados de las Fuerzas Militares. Bajo la severa techumbre del amplio Paraninfo y ante la respetuosa expectativa general, se descubrió el óleo perpetuo, representativo del adolescente prócer; cuadro que fuera donado por la expresa y reverente voluntad de la Sociedad Bolivariana para veneración perpetua del héroe-niño de la Independencia, y en él, a la que bien merecen todos los infatigables y ejemplares soldados de Colombia. De toda suerte, apareció así, solemnemente, la consagrada efigie de ese magnífico soldado granadino, quien, por encima de todos los halagos de la vida, supo cumplir con su deber ante la Patria y ante la egregia figura de su Jefe, el coloso supremo de la epopeya americana. El cuadro correspondiente, el cual engalana ya la "Galería de los Héroes", en la Sociedad Bolivariana, es, sin duda alguna, obra magnífica de técnica pictórica. Algo extraña, sí, el que el artista, en su afán de engrandecer al joven campesino, haya desvirtuado un tanto los valores étnicos y sociales del humilde zagal y hasta la mísera actualidad, en el día de la gesta; siendo, como era, de montañero origen, de atávica estirpe regional y soldado de un Ejército glorioso pero, por esa época, ataviado a la ligera, con despojos ofrendados por la grandeza de esa nativa raza que antaño fuera aniquilada, en la Conquista, pero jamás vencida.

De toda suerte, la Sociedad Bolivariana de Colombia supo rendir, con devoción solemne, el homenaje justiciero

al soldado granadino. Tras las notas marciales del Himno Nacional de nuestra Patria, se escucharon magníficos elogios al joven zagal de la campiña boyacense, convertido en gigante con su investidura de soldado de la naciente América. Fuera de las vibrantes palabras del Teniente Coronel Alberto Lozano Cleves, Presidente de la Sociedad Bolivariana, hicieron la apología del adolescente militar, del hombre y del anciano, en piezas oratorias de patriótico reconocimiento, los doctores: **Armando Gómez Latorre**, como representante de la Academia Colombiana de Historia, y **Tito Tulio Roa**, a nombre de la Sociedad Bolivariana de Colombia. De estas admirables ofrendas laudatorias, la del doctor Armando Gómez Latorre, fue la siguiente:

"Pedro Pascasio", el Prócer Campesino de 13 años".

Vida anónima y triste, silenciosa, trabajadora y sufrida fue la del campesino prócer **Pedro Pascasio Martínez**. Su gran hazaña, la de aprisionar al Coronel **José María Barreiro**, en el anochecer del 7 de agosto de 1819, fue el epitafio de su gloria. Y el hecho heroico más insólito de nuestra historia, porque aún no había cumplido 13 años cuando ejecutaba tamaña acción. Aquel día memorable nació y murió para la historia de Colombia quién acreditó con su temeridad virtudes inequívocas de valor, honradez, lealtad y patriotismo.

Nunca, en verdad, se le hizo justicia. El olvido, la ingratitud y la indiferencia para con el niño-héroe asombraron al legislador de 1880. Tardíamente tra-

tó el Congreso de reparar la ofensa. Decretó aquel año una modesta pensión de \$ 25.00 cuando ya la sombra de la muerte rondaba a un anciano macilento y encanecido. Cuando ya un pesado fardo de amarguras, miseria y longevidad habían deteriorado alma y cuerpo, llegaba aquella subvención ridícula. Ofensiva para quien sintetizaba en la vida las excelencias preclaras de su raza y de su pueblo: el trabajo, la honradez y la hombría de bien.

Su hoja de servicios es tan simple como su vida misma. Como ordenanza de Bolívar se enroló en la Campaña Libertadora: \$ 100 de gratificación y el grado de Sargento por aprisionar a Barreiro; poco tiempo de guarnición en Honda hasta su licenciamiento, por causas desconocidas; y el resto de su vida, sesenta y cinco años, recluido en su pueblo natal —Belén de Cerinza— en Boyacá, entregado a los duros oficios de leñador y de carguero. Ganaba dignamente el sustento cotidiano con la espalda mojada y encorvada, y dolorida la frente por la huella que deja el pretal de lona en los acarreadores.

Un día fue “descubierto” por influentes y poderosos señores de la capital. Era increíble que existiera aún una reliquia viviente y actuante de la Guerra Magna. Y lo hicieron venir para comprobar la hazaña. Preguntas capciosas, maliciosos careos, indagaciones y confrontaciones minuciosas despejaron dudas y convencieron. Aquel anciano era, en verdad, la lanza colorada que 60 años atrás había arreado, hasta la presencia del Libertador, la arrogante figura del Comandante de la Tercera

División del Rey de España, vencida por un ejército de andrajosos granadinos y venezolanos en la memorable jornada de Boyacá. El “Adonis de las mujeres”, como llamaban los bogotanos a Barreiro, había tenido que rendirse y entregar a la osadía y arrestos de un muchacho boyacense.

Dos testimonios de insospechable valor ratificaron, en vida de Pedro Pascasio, su heroica hazaña. Primeramente la ponencia de los senadores José Segundo Peña y José María Quijano Otero para sustentar el proyecto de ley de la pensión, presentada al Congreso el 12 de abril de 1880. Y luego una rígida y personal confrontación sobre los hechos, la acción y los personajes, practicada por los jurisconsultos y congresistas Francisco Javier Zaldúa y Francisco Eustaquio Alvarez.

Refieren los autores de la ponencia: “Martínez, en 1819, era ordenanza del gran Bolívar y estaba especialmente encargado de sus caballos de batalla. Decidida la de Boyacá, estaba anocheciendo cuando notaron Martínez y el otro ordenanza, el negro José, a dos españoles ocultos en unos barrancos cerca del río. Armados se dirigieron a ellos, el negro José con fusil y Martínez con una lanza; y como los oficiales españoles intentaran defenderse con sus espadas, el uno fue muerto por José, compañero de Martínez y éste acosó al otro, quien pudo escapar de sus terribles lanzadas, gracias a la coraza que resguardaba su pecho; pero fue ligeramente herido en la garganta”. “Viéndose ya perdido, ofreció a cambio de su libertad, a su aprehensor, la faja

de onzas que tenía al cinto, que el ordenanza apenas conocía, pero cuyo valor no alcanzó a deslumbrarlo. Díjole: —Yo soy el General Barreiro, toma y suéltame—. Siga adelante (ordenó Martínez) y si no lo arreamos, agregó enristrándole de nuevo la lanza”.

“Un momento después, al llegar a la casa de teja, que todavía no podía llamarse cuartel general porque la victoria de los unos y la derrota de los otros hacía de aquel campo algo inexplicable, se presentaron Martínez y el negro José al Libertador, quien los recibió severamente, diciéndoles: ¿Por qué no estaban aquí a recibir al “Muchacho”? ¿En dónde, qué estaban haciendo? (“Muchacho” llamaban al caballo negro, guajiro, que el Libertador montaba aquel día). Mi general, coger a su traído, un güen prisionero, contestole Martínez presentándoselo”.

“Los dos generales se miraron de hito en hito. ¿Quién es Ud.?, preguntó Bolívar con la celeridad del rayo. (Bolívar no había visto personalmente a Barreiro). (Antes de contestar le miró a los ojos, como es costumbre entre caballeros castellanos, y será una de las razones que tenemos para llamarnos a ser sus herederos, y no bajar la vista cuando estamos en desgracia). Yo soy el general Barreiro, le dijo con dignidad”.

“Estaba presente Salvador Salcedo, quien fue el primer soldado que pasó el puente en persecución del enemigo, y por lo cual el Libertador lo hizo capitán sobre el campo de batalla, y exaltado todavía por el furor del combate, quiso alancear a Barreiro pero Bolívar lo impidió con un grito y dio orden pa-

ra que se lo colocara a la cabeza de dos mil y tantos prisioneros, añadiendo que fuera tratado con especial consideración y después de hacerle el saludo militar”.

“Cuando esto hubo pasado, volviéndose Bolívar al ordenanza díjole: —Muy bien sargento Martínez, tendrá usted cien pesos de gratificación. Martínez no contestó, porque el pobre soldado no pudo juzgar con precisión lo que aquello significaba”.

El otro testimonio corresponde a la confrontación de Zaldúa Alvarez. Deseando objetivizar el interrogatorio llevaron a Martínez a un gran salón donde colgaban varios retratos de próceres y le preguntaron cual de ellos correspondía al Libertador. —Este es mi General Bolívar, fue la afirmativa, lacónica, imperturbable y emocionada respuesta. El acto conmovió a los circunstantes. Respetuosamente se inclinaron ante aquella reliquia viviente de la Patria y cambiaron impresiones sobre la evidencia.

En Belén de Cerinza, donde nació el 20 de octubre de 1807, murió el niño-héroe de la Independencia el 24 de marzo de 1885. Era entonces un anciano más para la sociedad y un prócer menos para la historia.

La Oración pronunciada por el doctor Tito Tulio Roa, fue la siguiente:

EFEMERIDES PATRIAS

Desde Zipacón hasta Soatá, vigilado por los ramales de la Cordillera Oriental se extiende el altiplano cundinoboyacense, una de las regiones más bellas

y más cargadas de historia en la geografía colombiana. Aquí se desarrolló en la época prehistórica la cultura chibcha, caracterizada más por sus normas morales y espirituales y por su organización social y política, que por sus avances materiales.

A este altiplano llegó la diezmada expedición de don Gonzalo Jiménez de Quesada, que se repartió por todo el territorio, fundando ciudades como Bogotá y Tunja, y legalizando en actas, pero manteniendo sus nombres aborígenes, los numerosos poblados que, bien organizados y abastecidos encontraban a su paso. Estas agrupaciones de sonoros nombres y bellos significados, sirvieron de base a la vida que España iniciaba en América, en ambicioso gesto de esfuerzo y de gloria. Si nos detenemos a examinar cómo se han conservado y cómo quedaron para la historia los nombres de estas agrupaciones, muchas de las cuales son hoy importantes centros de desarrollo social, político y económico, bien comprendemos que sobre el tronco chibcha vino el injerto español, manifestado en el mestizaje de sangres y de espíritu, lo que ha hecho de estas gentes uno de los grupos raciales de más unidad y trascendencia en la población colombiana. Quizás el clima y el paisaje llevaron a los españoles, especialmente andaluces y castellanos, que fueron la mayoría entre los que llegaron al altiplano, a organizar su vida sedentaria, a hacer de esta región lugar definitivo de su residencia, cultivando trigo y olivos y cuidando ganados que se alimentaban con facilidad. Por eso dijo

don Juan de Castellanos, el famoso cura de Santiago de Tunja durante cuarenta años, y autor de las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, "haber encontrado tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena".

La circunstancia de ser una región mediterránea, más las condiciones del ambiente, apresuraron a los nuevos pobladores a organizarse con sus alcaldes y regidores, con sus parroquias y sus cabildos, con todo lo que indicaba el sometimiento a un orden jurídico, la obediencia a una ley, la profesión de un credo religioso y la constitución de una nueva familia, unidos el elemento indígena y el peninsular, con lo cual prolongaba España su espíritu y demostraba ser el mejor colono de los tiempos modernos.

Así se realizó la triple unidad de sangre, religión y lengua, desde el Río Grande del Norte hasta la pampa Argentina, dando vida a un nuevo pueblo, a una nueva raza, con la misma organización religiosa, familiar y política, y con igualdad de sentimientos, aspiraciones y orientación hacia el bien común. Este el mestizaje de sangres y de espíritu, que se hizo presente en las gestas de la Independencia, y que ha manifestado a través de la historia el apego a su tradición de dignidad y libertad.

Aquí en este altiplano donde "más sabe a trigo el pan", donde el aire es más puro y el sol brilla mejor, y es la fe más profunda y el amor más fuerte", la vida colonial se desarrolló calmada y vigilante; la economía fue esencialmente agraria. En realidad la gente vi-

vía en sus campos, cuidando sus cultivos y ganados, y sólo el cumplimiento de los deberes religiosos y el mercado semanal, los juntaba para hablar, en el castellano del siglo de oro, que todavía se estila en algunas regiones, sobre la bondad o las inclemencias del tiempo, el exceso de tributos o la forma como se les gobernaban, sin que faltara el comentario sobre el último chisme político o social, que tanto aguza la imaginación y el doble sentido en la emisión de los conceptos. Estrictos cumplidores de sus deberes, pero también intransigentes defensores de sus deberes, seguían la trayectoria de vecinos y familiares, como todavía se acostumbra, emulando más que en la acumulación de riquezas materiales, en la nombradía que daba un cargo, en la distinción que confieren las cualidades espirituales y morales. De ahí la inclinación al sacerdocio, a la milicia, a la política, las profesiones liberales, en fin. Así éramos y así somos. Es, si bien se miran las cosas, la propensión a servir, más que servirse, la preocupación por el bien común.

Hace 156 años, por estos mismos días, se llevaba a cabo en tierras de Boyaca la campaña libertadora. Después de planear y organizar e iniciar la marcha en las llanuras de Casanare, ese ejército de pordioseros que llamara Barreiro, emprendió la ascensión a los Andes, en medio de las más grandes penalidades. Los dos grandes, Bolívar y Santander, eran dignos jefes de esos héroes. No es el caso relatar aquí los pormenores de esta marcha, superior según los versados, a la de Aníbal en los Alpes,

al principiar las guerras púnicas en los grandes días de la expansión romana; o a la del General José de San Martín, quien, después de cuatro años de preparación, bordeó el Aconcagua para dar la libertad a Chile. Los padres de la Patria nuestra, carecían o escaseaban de los elementos indispensables para tamaña empresa. Pero no les faltó la fe en Dios, la seguridad en la justicia de su causa, la certeza en el valor de los jefes, oficiales y soldados, y la confianza en la colaboración entusiasta y decidida de las gentes y de las regiones que iban libertando del dominio español. Y el presupuesto no falló. Iniciada la campaña el 26 de mayo en la aldea de Mantecal, en plena llanura, siguió la marcha por Guasqualito, Arauca, Tame, Pore, y Morcote, y, precisamente el 27 de junio, hoy hace 156 años, se libró y ganó el primer encuentro con el ejército del rey en el pueblo de Paya puerta de acceso a los Andes y a la Nueva Granada. El triunfo en el desfiladero de Paya, que comparan en sus dificultades con las Termópilas de Grecia, fue el pago a tanto sacrificio y tanto esfuerzo. Era un nuevo amanecer. Sobre el lomo de los Andes atravesaron el páramo de Pisba para llegar a Socha el 6 de julio, donde fue reparada la tropa con vestidos, alimentos y cabalgaduras, y aumentada con gentes de la comarca. La conducta de Socha la ha destacado la historia y hace un año, las sociedades Bolivarianas de Colombia y Venezuela, señalaron con piedra blanca este comportamiento heroico; y abriéndose paso en medio de todas las penalidades, van venciendo

nuestros ejércitos, hasta llegar al Pantano de Vargas y Boyacá, culminación feliz de esfuerzos y privaciones, de colaboración entusiasta y general, y total entrega de un pueblo en busca de su libertad. Aquí se abre la puerta a la independencia americana, que se define totalmente el 9 de diciembre de 1824 en Ayacucho, "Rincón de los muertos", en lo que podría llamarse la batalla de las naciones, porque allí se dieron cita los soldados del continente, siendo Colombia la grande, la que más aportara en jefes, soldados y gastos en general. Allí quedó sellada la independencia de este pueblo de América, que cada día pesa más en la balanza del mundo.

En estas anuales conmemoraciones de las fechas patrias, que tan celosamente alientan la Academia Colombiana de Historia y la Sociedad Bolivariana de Colombia, vengo en representación de esta última a exaltar la memoria de un adolescente, digno representante de su tierra y de su raza, ejemplo de juventudes, ajeno a toda gloria y a toda recompensa, responsable desde muy temprano, voluntario del patriotismo, caballero del desinterés, abanderado del sentido común y heraldo de la victoria. Su nombre, rotundo y armonioso: **Pedro Pascasio Martínez.**

Nacido en Belén de Cerinza el 20 de octubre de 1807, estaba al servicio del jefe patriota Juan José Leiva, en cuya casa se alojó el Libertador a su llegada a Belén el 18 de julio de 1819. "El lindísimo valle que forma una buena parte del vecindario, dice el eminente sacerdote e historiador, monseñor Cayo

Leonidas Peñuela, en su monumental obra "Album de Boyacá", no era como hoy, una faja de esas continuas, sino un variado jardín agrícola, que por aquellos días estaba en toda exuberancia de la producción, de manera que al bajar de las cuevas de Piedrarrajada para descender al puente de la Tenería, los soldados todos no pudieron disimular su grata sorpresa, que llegó al colmo, cuando vieron que a uno y otro lado del camino salían los campesinos a obsequiar gratis y con la más alegre voluntad, con alimentos, tabaco y aun aguardiente a los libertadores, que no llegaron a la población sino al declinar el día, llenos de gratitud y alegría.

"Tales demostraciones de amor y beneficencia para con el ejército, eran sencillamente fruto del trabajo popagandista de varios vecinos e hijos de aquella tierra. El padre Agustino Fray Isidro Leyva, Prior en el convento de Belén de Chámeza, había destinado al consumo de las tropas todos los recursos que no eran absolutamente necesarios al convento, y ahora había venido a inculcar el mismo desprendimiento a sus paisanos; el párroco del lugar, doctor Primo Feliciano Mariño, había sido de los más entusiastas servidores de la Patria Boba, y durante el terror era el agente de las comunicaciones que las señoras de Bogotá, enviaban a Casanare, y el cajero que auxiliaba a cuantos pasaban a la llanura a engrosar las filas patriotas; el capitán de milicias don José María Valderrama, servidor igualmente de la época anterior, y ahora diligentísimo agente para reunir recursos de todo género; don

Juan José Leiva, diputado en nuestras asambleas o Colegios electorales en la época de los ensayos, representante de Casanare en el Congreso de 1812, tesorero del ejército libertador de Venezuela hasta fines de mayo de 1813, prisionero de Morillo y escapado de sus garras en 1816 y despojado de todos sus bienes en castigo de su constancia. Tales eran los próceres de aquel pueblo, que lo fueron también de la Patria y merecieron el título de miembros de la orden de los libertadores”.

“Estos caballeros se disputaban el honor de hospedar y agasajar a los jefes del ejército, y Bolívar, en acatamiento a la amistad que lo ligaba con el señor Leyva desde 1813, eligió su casa. Entre las personas del servicio doméstico le llamó la atención un galopín o muchacho de mesa, muy vivo y listo para todo; notolo el señor Leyva, y con la galantería de un caballero culto y patriota, le ofreció el sirviente por si lo estimaba de alguna utilidad; y como el Libertador viese que al chico le bailaban los ojos y se le hacía la boca agua por irse con el general, lo aceptó, asignándole como funciones privativas el cuidado de sus cabalgaduras, que cumplió muy lucidamente. Este fue el soldado del rifles, **Pedro Pascasio Martínez**, que aún no cumplía doce años”.

Peleó en Pantano de Vargas y Boyacá. Cuando la batalla ya estaba decidida, en compañía del negro José, otro ordenanza del Libertador, hicieron prisionero al jefe de los ejércitos españoles, general José María Barreiro, quien se escondía en lo que hoy se conoce con

el nombre de Piedras de Barreiro, con otro oficial español.

.....
Aquí la misma transcripción que hace el doctor Armando Gómez Latorre.

“Y apunta Ulises Rojas: terminada la campaña Martínez se trasladó a su tierra natal y se dedicó a las labores del campo. El 13 de junio de 1831 contrajo matrimonio con Margarita Silva, tuvo varios hijos y murió en Belén el 24 de marzo de 1885. El congreso le había decretado una pequeña pensión”. Esta la vida de nuestro héroe, casi niño, cuyas actitudes son fruto de una formación en el cumplimiento del deber, en el culto sencillez de la libertad.

Por este estilo fueron los soldados anónimos que con su sudor y con su sangre dieron vida a la República. Su concepto cristiano de la vida y su respeto a los derechos de los demás, son consecuencia de su fe religiosa. Su vida comprobó la palabra de la Escritura: “Allí donde esta el espíritu de Dios, allí está la libertad”.

En las épocas de cosecha suelen los boyacenses hacer convites para la recolección. Hombres, mujeres, niños, todos en una alegría contagiosa, toman la hoz o la asada, los empaques, los animales de trabajo, y cuantos elementos sean necesarios para que la tarea se desarrolle pronto y bien. Los brazos se prestan, dice nuestro campesino, y hoy en una parcela, mañana en otra, y así hasta que el vecindario va llenando sus trojes, sin esperar el pago diario, pero compartiendo el pan en medio de risas, de dichos, de coplas y de cantos,

van siguiendo la labor hasta terminarla. Y concluida, de pie todos, en semicírculo, y con la herramienta en una mano y el sombrero en la otra, cantan el Santo Dios, que es el agradecimiento a la Divinidad por los beneficios recibidos; y luego, en alegre tropel, entonan la jea, que es la expresión de entusiasmo por el fruto alcanzado, por el trabajo realizado, por la esperanza alcanzada. En seguida se reparten por la vereda entonando coplas de profunda filosofía, sobre la vida, sobre la muerte y sobre el amor; y cuando ya se escode el sol de los venados, llegan a sus casas, y en completa comunión de espíritu, después de la cena, sin que nadie falte, el patrón que allí llamamos, que es el jefe de la familia, inicia el rosario de cinco o quince casas, según las circunstancias y las necesidades. Así se completa la labor cotidiana.

Así fue en los días de la independencia, y ha sido ahora y, quiera Dios, siga siendo en los momentos de incertidumbre de la República. Callados, pensativos, maliciosos, desconfiados, observadores, regateadores, verdaderos psicólogos, analizan la situación. Y sólo se comprometen cuando ven que la libertad está en peligro, que su trabajo puede perderse, que la santidad de su hogar no está segura, que su fe está amenazada y el porvenir de sus hijos se cubre de incertidumbre y de sombras. Cuando todo esto vé, y siente que la tierra que lo vio nacer y que lo habrá de cubrir, le es arrebatada sin misericordia; que el culto de sus dioses le es prohibido y prohibido también el amor de su sangre, y que nada quedará del

fruto de su trabajo; cuando siente que no puede creer, ni pensar, ni hablar, y que de persona se convierte en cosa, entonces vuelve al convite; y desde la eminencia de las cordilleras, desde el fondo de los valles, desde las laderas empinadas o de la casa que cuidan los abuelos, sale el grito que llama a la defensa, y nadie, cualquiera sea su condición, evade el peligro que se acerca; mejor lo afronta valeroso y decidido hasta rendir la vida, si ello es preciso, para que la libertad no se extinga, ni la fe se debilite, ni la familia se disuelva.

Así fue en los días de Pedro Pascasio Martínez; en esos días brumosos de junio, julio, agosto, cuando el viento peina las espigas y el sol esquivo principia a dorarlas; cuando los ganados se ven más alegres y más brillantes porque son más tiernos y más abundantes los pastos; en esos días de fiesta cuando lucen las mejores prendas, porque hay que participar en las festividades de Corpus, del Sagrado Corazón y de la Virgen del Carmen, toda la familia muy lucida y pronta al banquete eucarístico. Así fue, digo en esos días de 1819, cuando la tierra fue pródiga y propicio el tiempo, los brazos listos y el ánimo resuelto para el convite de recolección de la cosecha de año grande, que en Paya, Pisba, Socha, Tópaga, Gámeza, Corrales, Pantano de Vargas y Boyacá, dio a Colombia y América el anhelado fruto de la libertad. Aquí se mecía la cuna de la República, arrullada por estos nuestros padres y hermanos mayores de piel cobriza, pie descalzo y voluntad de hierro.

¿Y para qué la libertad? ¿Acaso tan solo para poseer y reclamar derechos sin que nos cobije ninguna obligación? Hay que cuidarnos de los nuevos evangelistas de la libertad y comprender que no la hay, donde no se respete la dignidad humana. "Desde cuando se inventaron los derechos del hombre, dice un filósofo americano, cualquier imbécil los sabe de memoria para exportarlos, como si la igualdad ante la ley implicara una equivalencia de aptitudes. Halagar a los ignorantes y merecer su aplauso, hablándoles sin cesar de sus derechos, jamás de sus deberes, es el postrer renunciamiento a la propia dignidad".

¿Y para qué la libertad? Bellamente lo dijo Fernando Soto Aparicio, poeta y escritor de las nuevas promociones, coterráneo de Casilda, la vieja campesina boyacense que cuidara para el Libertador el famoso palomo blanco que lo llevara desatando cadenas y creando Repúblicas hasta los confines de lo que fue el viejo imperio Incaico.

¿Para qué la libertad hermano?

Para sentir que a nuestro lado crece, y con su raudal palpitar parece, un corazón que vibra entre la mano.

Para saber que si la vida es sólo un | viaje, alguien espera en la distancia rada y prepáranos siempre al abordaje, si está la libertad amenazada.

La libertad es ser tu propio dueño; disponer a tu gusto de ti mismo; escoger entre el monte y el abismo, entre las inquietudes y el ensueño.

Y para tí, pequeño, que comienzas a ver el mundo, y que tan solo piensas en un juguete, un dulce o una flor, para tí que aprisionas en las manos los polluelos del sol de los veranos, la libertad es solamente amor.

Para tí la libertad es una madre, que no deja que el mundo te taladre con sus dardos tentados de dolor.

O es el arroyo a donde vas a veces, buscando las saetas que los peces, disparan a su propio resplandor.

Y es, finalmente, descubrir la tierra, amarla desde el valle hasta la sierra, y buscar la verdad en donde esté.

Vivir la vida siempre digna y plena, y afrontar el dolor, con la serena fuerza que da la verdadera fe.